HORA NACIONAL DEL EMPERADOR
(DOS CRONICAS)

POR

EDUARDO TIJERAS

I

SU AMBIENTE

En el Hospital de Santa Cruz, de Toledo, se ha celebrado una Exposición sobre Carlos V y su ambiente, que agrupa —ardua y elogiable tarea la de sus organizadores— infinidad de objetos pertenecientes al Emperador o vinculados a su época.

Por campos de tierra negra, en la que algunos álamos tocados por el sol temprano y fuerte del otoño castellano ponen su increíble amarillez, llegamos a los autocares que nos conducirán, tras breves, acalorados y tradicionales requerimientos, por parte de sus conductores, a la plaza de Zocodover. Tras el mantón de una vieja aniñada (ella dice *hay que aguantar, hay que aguantar,* pues quizá nuestra cara no esté del todo paciente) vemos las conocidas y siempre asombrosas perspectivas toledanas desdoblarse, con su río clausurado entre tajos y su no por bella menos descabellada arquitecturación. Telas, navajas, higos secos. A dos pasos está ya el recinto donde se han acumulado cuadros, tapices, joyas y piezas de mil formas y usos para retrotraer a nuestra visión moderna el pasado glorioso y de signo ecuménico del hombre a quien Occidente debe algo de lo más íntimo y de lo más estrechamente ligado y zarandeado a su razón de ser.

Anchurosas crujías en forma de cruz, seminaristas, estudiantes entre risas, entre notas, y extranjeros. Todavía nos palpita en la cabeza el sol de Castilla; todavía vivimos el hoy óptimo y de tarda sensibilidad. Se deja resbalar la mirada, sin más, por sobre vitrinas y lienzos, profanándolo todo. De pronto el aire se llena de una tan suave y expresiva música que nos desactualiza lenta, pero inexorablemente. El extraño y sugestivo poder de los siglos muertos comienza a adquirir consciente vida de puro flúido en el que palpitan la temperatura de Vitoria, la mística estoicidad del Greco. Los cánticos corales de los siglos XV y XVI obtienen una íntima fusión entre nuestra realidad y la profunda y desmesurada huella de un pasado tan lleno de humana grandeza como también de humana finitud, expresada en esa soberbia colección de mapas que relatan los descubrimientos, las campañas, las fundaciones; en esas prodigiosas vitrinas conteniendo áureas orfebrerías sudamericanas; en los gigantescos y pálidos tapices representando astros, órbitas mortales, batallas, escenas de la Pa-

sión de Cristo; en las arquetas, taquillones de nogal y placas de hueso, y joyas híbridas de esmaltes, platas, bronces y cristal de roca; relicarios, coronas, urnas renacentistas; en las que ahora aparecen como ingenuas y benévolas armas de guerra, arcabuces, ballestas, dagas, espadones... Bajo el prognatismo barbado del Emperador, a quien el Tiziano, según se ve al fondo, retrató en Mühlberg, surgen ya con caracteres entrañables, refinados y femeninos, el terno de la Emperatriz, recamado, anegador de formas; sus cartas autógrafas dirigidas al Papa y la profusa colección de tallas polícromas, debida a los mejores artífices de la época: Berruguete, Juan de Juani, Diego Siloe... Personajes del Concilio de Trento, figuras contemporáneas del Emperador, cuyas efigies han sido grabadas en más de trescientas monedas broncíneas. Facistol imperial impresionante, antifonario de Margarita de Austria, órgano de Salinas, alegorías, trípticos, cartones coloreados para vidrieras, la tienda de campaña que utilizó el Emperador en las jornadas de Túnez —cubierta de bordados moriscos— y los relojes —*juguetes terribles*— a los que tan obsesiva atención concediera Carlos tras su retiro a Yuste. Completa este admirable bucear en el tiempo cuadros del Greco, Sánchez Coello, Rubéns, Durero, Tintoretto... (Los extranjeros, los seminaristas, los revueltos estudiantes, la música polifónica del XVI y el tiempo recobrado constituyen ahora, en acervo común histórico y presente, la gran tradicional cantata hacia los cielos hispanos.)

II

LA PRENSA

La conmemoración del IV Centenario del Emperador Carlos I de España y V de Alemania ha imprimido a la prensa diaria española un profundo latido no por esperado menos acopiador, poniendo en vigor impetuosa corriente de artículos, notas, reportajes e informaciones de índice diverso, cuyo conjunto constituye un tesoro documental al par que un inmarcesible remozamiento de tan singular período histórico. A través de plumas ilustres, plumas eruditas, voluntariosas o llenas de fe; reproducción de mármoles, bronces y pinturas glorificadas por el tiempo, asistimos paso a paso a la gran gestación bibliográfica del último Emperador de la Cristiandad, según lo califica, como expresivo y halagüeño eco extranjero, el profesor Carl Burkhard en el periódico suizo *Neus Zuericher Zeitung*.

Conviene anotar, desde el principio, que ha sido *A B C* el diario más destacado, por la calidad y extensión de sus colaboraciones, en esta esforzada tarea paladinesca, exaltadora de los aún vigentes valo-

res edificados por la actuación prócer y solitaria del hombre a quien España debe —y hoy el horario histórico señala la acción de gracias nacional— serias jornadas de su existencia. *Arriba, Ya* e *Informaciones* siguen en importancia, aunque no inmediatamente después. El resto de la Prensa madrileña ha divulgado lo que en justicia debe estimarse como abundante material noticiero (actos oficiales, exposiciones, homenajes, etc.), artículos y reportajes gráficos dispersos y el trabajo premiado por la Dirección General de Prensa, cuyo autor es Manuel Fernández Alvarez, un trabajo de clara y buena raíz épica. Sin duda, el desarrollo del tema por parte de *A B C* puede conceptuarse virtualmente exhaustivo.

Nos encontramos, pues, ante tan complejo número de dedicaciones al Emperador, que no sólo se impone una somera enumeración de autores, sino también dividir, clasificar, aunar las materias tratadas cuando éstas coincidan al expresar determinadas características del reinado, como son los trabajos, en puridad, informativos, anecdóticos o los que se ocupan de lleno en la esencialidad político-religiosa del Emperador.

Atendiendo dicho principio, y limitándonos por ahora al aspecto exclusivamente protocolario, conmemoracional (sin olvidar su estrecha vinculación con otros órdenes), nos informa la prensa de que el día 21 de septiembre de 1958, domingo, se celebraron en la Basílica de El Escorial, con asistencia del Jefe del Estado, Gobierno y Cuerpo Diplomático, solemnes honras fúnebres por la memoria del Emperador, dando comienzo la serie de actos que durante varios días constituirá candente tema, acaparando la atención nacional y poniendo de relieve —lo han hecho constar C. Aznar y J. Prados López— la ingente tarea emprendida por Gallego Burín, director de Bellas Artes, ya que tan decisiva fase plástica y espiritual ha brillado en todo momento, siendo prueba de ello la continua inauguración de exposiciones, entre las que se destacan el Museo recordatorio del palacio de Carlos V, en Granada; la Exposición del Hospital de Santa Cruz, en Toledo, y, siguiendo el capítulo de inauguraciones en Toledo, se cuentan las del templo mudéjar de Santiago el Mayor, la Posada de la Hermandad, las nuevas salas del Museo Arqueológico Provincial y el palacio de los condes de Fuensalida; arte flamenco en "Amigos del Arte" (Bruegel, Gerard David, Rubéns, Van Eyck) (de esta exposición y de la anterior en Toledo se ha ocupado, con su habitual penetración, Camón Aznar); Exposiciones documentales en el Palacio del Retiro y en Simancas, reconstrucción del Monasterio de Yuste, conmemoración organizada por el Instituto de España, Curso en El Escorial clausurado por un discurso de Muñoz Alonso, que versó sobre la intenciona-

lidad política de Carlos V, distinguida, antes que en otra cosa, por su "pasión fría", a la que Hegel y luego Ortega consideraron como la única fuerza capaz de realizar en el mundo algo importante; acto literario en la Universidad escurialense consistente en la lectura de la obra de G. F. Shaw; aportación al Centenario, por parte de la Biblioteca Extremeña, de un trabajo exhaustivo, debido al investigador Sánchez Loro; ofrenda al Monasterio de Yuste de la colcha flamenca mortuoria de Carlos V... Revelación —dato curioso— de que existe en Laredo (Santander) un monumento, obra de Pérez Comendador, quizá el único erigido al Emperador en una plaza pública española.

Todos los actos, homenajes, misas, conferencias, inauguraciones, tuvieron solemne epílogo religioso-cultural con el *Tedeum* cantado en Yuste a presencia de las máximas autoridades de la nación y con el discurso pronunciado por el ministro de Educación, que sintetizó el proceso de la ruina y la resurrección del Monasterio.

Viene luego —en este orden, más obligatorio que caprichoso, impuesto por las circunstancias— el extenso y sugerente capítulo de Carlos V viajero. Buen número de autores han cuidado señalar los lugares más significativos visitados por el Emperador, aportando unos anécdotas y otros acaeceres de trascendencia. Francisco de Cossío inicia el tema al referirse precisamente a la mencionada gran capacidad viajera del Emperador, costumbre adquirida en la niñez, y señala la existencia de una guía ejemplar en la que aparecen todos los itinerarios del Rey, desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, en qué ciudad o sitio extremoso y remoto estuvo cada uno de estos días, debiéndose tamaña labor a M. de Foronda y Aguilera. Nuevamente, F. de Cossío, fundándose sin duda en el mencionado cronista de los derroteros imperiales, refiere los primeros pasos del Monarca por tierras de España, al desembarcar en Asturias el día 19 de septiembre de 1517. Indica Cossío, en páginas meramente narrativas, que así como el principio de la nacionalidad española fué Asturias y La Montaña, Covadonga y Liébana, parece que el arranque de su reinado había de tener por escenario providencialmente los mismos lugares en que se iniciara la Reconquista. San Vicente de la Barquera fué el primer pueblo en que morara el Emperador. J. Murillo Rubiera evoca uno de los más dramáticos episodios vividos por el Emperador en Innsbruck, capital del Tirol, donde existe el ciclópeo monumento a su abuelo Maximiliano. Aquí Carlos V tuvo necesidad de huir precipitadamente —le iba la vida en ello— ante las fuerzas de Mauricio, en camino victorioso después de la batalla de Innsbruck. Por el contrario, S. Montoto cuenta otro de los viajes, está vez más felices, del Emperador a Sevilla, con motivo de sus reales nupcias con doña Isa-

bel. Los viajes felices y desgraciados se suceden sin cuento. Al segundo enunciado alude J. Esteve Conejero, al glosar el regreso del Emperador de una de sus empresas militares: la expedición contra los corsarios argelinos, donde sus barcos quedaron vencidos por hostil naturaleza (al igual que lo serían después los de su hijo en aguas atlánticas). En Murcia jura los Fueros de la ciudad, y uno de los guerreros procedentes de Argel —detalle raro y poético— introduce en España la primera planta de clavel (5-12-1541). El P. Manuel de Castro dilucida la estancia del Emperador en Santiago de Compostela y cómo celebró Cortes en San Francisco y por qué los gallegos pidieron voto en las Cortes. J. de Yanguas Messía narra la llegada del Rey a Salamanca para oír las lecciones de Indias que en la Universidad desarrollaba el dominico Francisco de Vitoria, poniendo en duda la existencia de derechos y títulos de soberanía del Emperador en el Nuevo Mundo. Hizo el viaje a Salamanca en calidad de merc oyente, gesto lleno de grandeza. Los caminos de Carlos V en Holanda, según C. Voltes, formaron parte de su educación acelerada para el oficio de rey. Por último, hallamos autores —M. Antequera, N. Pons Llinás, F. Alvaro y quizá algún otro que revelan muchas jornadas andantes, como Carlos V en Valladolid y la acción de los conquistadores españoles, considerada en consecuencia del afán trashumante de nuestro Emperador.

Posponiendo la esencialidad última del Emperador, nos encontramos entretanto con aspectos anecdóticos, quizá un tanto gratuitos, pero que van conformando el perfil humano, real, de tan legendaria figura. Coinciden J. Cortés-Cavanillas y V. de la Serna en la apreciación de buen gastrónomo que distinguía al Emperador, quien sabía —estima el primer articulista—, por tradición de estirpe y de cálculo político, que el arte de la cocina es un eficaz instrumento para decidir partidas importantes en beneficio estatal. V. de la Serna toma como pretexto la gula del Emperador, posible causa de su gota, hereditaria por demás, para introducirse en cuestiones de mayor empeño apologéticas de los Comuneros de Castilla y del episodio galante del Emperador que trajo al mundo a don Juan de Austria.

Hay dos recuerdos destinados a las hermanas del Emperador, uno a Isabel de España, reina de Dinamarca, Noruega y Suecia, desdichada, buena y fuerte, que casó con Cristián II, y otro a Catalina, cuarta hermana y causante de que Iñigo López de Loyola ardiera víctima de mística pasión. Firman, respectivamente, los artículos M. Gronvold y D. Meseguer y Murcia, S. J.

Cabe agrupar, pese a su distante analogía en la materia tratada, los nombres de J. de V. Prados y fray A. Alvarez, quienes informan

sobre edificaciones consagradas por el Emperador. Así el primero nos trae al recuerdo que Granada, de junio a diciembre de 1526, fué la Corte de España, dotando Carlos V a la ciudad del palacio de su mismo nombre, en La Alhambra, y creando también la Universidad. El segundo encuentra un sentido especial en la fiesta de la Hispanidad, instituída por los abuelos del Emperador y que él llevó a la cumbre de su grandeza espiritual. Por dicha razón, hoy, cuando España ha elegido para marco de estas solemnidades el santuario de Guadalupe, donde venérase la virgen luz y guía de aquella gigantesca empresa, no puede olvidarse que los nombres Carlos V-Guadalupe estuvieron estrechamente unidos.

Con la afición de Carlos V a los toros, que —según F. L. Izquierdo, basado en Lauren Vital— gustaba de correr y alancear, y el comentario a la batalla de Mühlberg, debido a E. B. R., que pudo ser decisiva para la suerte de Europa si la clara victoria obtenida, en virtud del genio de Carlos V y al de su mejor general, el Duque de Alba, no hubiera sido malograda por una deplorable política, ajena a la imperial voluntad, termina la relación esquemática que estamos haciendo, basados en la Prensa diaria, de los perfiles diversos del Emperador, con lo cual es posible ya adentrarse en la esencialidad de su mundo, esto es, con todo lo relacionado a su grandioso afán de unificación europea tanto religiosa como política y su regio y sobrio retiro a Yuste, en cuyos dos aspectos fundamentales han abundado y coincidido la mayoría de los mejores autores, entre los que se cuentan Menéndez Pidal, Camón Aznar, Pemán, R. Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Andrés Revesz, Marqués de Loyola, Pedro de Lorenzo, etc., y nos dan una visión político-religiosa y artístico-literaria muy completa y autorizada, dentro, claro está, del género periodístico a que nos venimos refiriendo.

El autor que suele firmar en *A B C* con tres asteriscos ha escrito dos bellos artículos de índole plenamente literaria y hasta metafísica sobre Carlos V y su preocupación por el devenir del tiempo, desde el retiro en Yuste, coloreados por amplia, minuciosa y poética descripción del Monasterio, costumbres, etc. Alude reiteradamente a la obsesión del Emperador por desbaratar relojes y reconstruirlos después, creando de este modo un nuevo orden, perfecto. El mismo Rafael Sánchez Maza, en *Arriba,* vuelve a tocar los temas del tiempo y del reloj...

Refiriéndose al renacimiento carolino y, en síntesis según él mismo demasiado esquemática, el arte del tiempo de Carlos V —vuelve a escribir Camón Aznar, prosiguiendo su empeño de dejar constancia de todo el acaecer artístico del Centenario—, tiene por musa la pasión,

mientras el de Felipe II la Geometría, y en tanto la política es de ambiciones universales, el arte se torna nacionalista y, por el contrario, cuando la política se ajusta a valores nacionales, tiende a universalizarse el arte. También C. Aznar se detiene en otra obsesión, faraónica ésta, del Emperador: la de su tumba. Fueron sus ambiciones tan magnas que, al sentirse alineado en la más gloriosa de todas las estirpes, acaso por pudor, no se atreviera a formularlas. Es en 1593 cuando el Monarca concierta definitivamente con Pompeyo Leoni el pago y ejecución de las diez estatuas tumbales. En estos conjuntos solemnes, de augusta gravedad, aparecen los poderes de la tierra en eterno rezo. Cuando Felipe II levanta El Escorial aduce como una de las razones de esta fundación atender los deseos del Emperador.

El Emperador proclamó unos sobrios principios —Fe, universalidad cristiana—, ¿dónde están ahora los príncipes superiores capaces de impulsar la acción y luego moderarla? (Pemán.)

El Marqués de Lozoya opina que a costa del sacrificio de España se evitaba el derrumbamiento total de la cristiandad europea, amenazada en los primeros decenios del siglo XVI por dos peligros: la exclusión religiosa que habría de promover Lutero y el nuevo poder expansivo del Islam. El pueblo español, aferrado al catolicismo, encontraba gran placer en que su rey fuese campeón de la causa de Roma.

La tercera página de *Pueblo* publica un editorial lírico, melancólico e informado —en sentido de revisión calidoscópica—. Se detiene en el cansancio de Carlos V a su llegada a Yuste.

En la entrevista con Menéndez Pidal, firmada por C. L. Alvarez, se tratan profundamente temas de gran interés imposibles de reflejar aquí, aunque sí destacamos la idea imperial de Carlos V.

Por último, conviene declarar que los trabajos no reseñados aquí, excepto los de *Mundo Hispánico, Blanco y Negro* y alguna otra publicación no diaria —pocos— contribuyen, en escasa o nula medida, al acervo histórico, coinciden con ideas ya expresadas o, en todo caso, han visto la luz pública tardíamente y sin posible aprovechamiento.